

KARL BARTH, UN TEOLOGO MARXISTA

POR

MIGUEL PORADOWSKI

Entre los muchísimos teólogos (más bien seudoteólogos) que han contribuido a la marxistización de la teología, parece que el primero y más importante lugar (1) corresponde al pastor protestante Karl Barth (1886-1968).

Karl Barth, desde su juventud, ya antes de la primera guerra mundial, siendo vicario de una parroquia protestante en Ginebra (1909), mostraba una gran simpatía por el marxismo, tanto por su doctrina como por su praxis revolucionarias. A pesar de su investidura de pastor de almas, Karl Barth se comprometió en las actividades puramente políticas, afiliándose al partido marxista (el social-demócrata) de Suiza en el año 1915, antes de la escisión, es decir, cuando este partido se componía tanto de elementos socialistas como de comunistas (marxistas-leninistas). Según Marquardt (2), Karl Barth entra en el partido marxista de Suiza para radicalizar las actividades de esta agrupación política. Es sabido que el partido marxista de Suiza, igual que el de Alemania, se pronunció a favor de la guerra (el 4 de agosto de 1914). Entonces, en estos partidos internacionales (pues ambos pertenecían a la Segunda Internacional) tenían preponderancia los sentimientos nacionales sobre el pacifismo internacional. Para Karl Barth —quien en esta época ocupaba el cargo de pastor en

(1) Conviene recordar que Karl Barth no es ni el primero ni el único pastor protestante comprometido con el grupo revolucionario marxista-leninista de los «revolucionarios profesionales» de Lenin, Trotzky y compañía, pues hubo muchos otros, como Fritz Lieb (a quien Barth dedica uno de sus libros), Humberto Droz (uno de los secretarios de la Tercera Internacional), Christoph Blumhardt, etc.

(2) Friedrich-Wilhelm Marquardt, *Theologie und Sozialismus. Das Beispiel Karl Barth*, Grünervald-Kaiser, Berlín-Munich, 1972.

Safenwil, Argovie, Suiza (entre 1911 y 1922)— esta posición del partido marxista suizo era un escándalo y fue precisamente para reforzar la posición más radical del partido, es decir, la posición comunista (marxista-leninista) por lo que decidió entrar en él. Una vez dentro del partido marxista suizo, Karl Barth se esforzó por llevarlo hasta la posición leninista. Al parecer participó en las reuniones de la famosa conferencia de Zimmerwald (1915) (3), donde Lenin puso los fundamentos para la futura Tercera Internacional (comunista). Más todavía: cuando en el año 1922 Lenin “afloja” algo (según su famosa táctica: “dos pasos adelante y uno atrás”), Karl Barth le reprocha la falta de... radicalismo (extremismo).

Marquardt demuestra que en el famoso párrafo del “*Römerbrief*” (el comentario de Karl Barth del capítulo XIII de la carta de San Pablo a los Romanos), polemizó con el ensayo de Lenin *El Estado y la Revolución*. La edición alemana del ensayo de Lenin aparece en 1918 (4), y en el trabajo de Karl Barth se discrepa de la posición de Lenin, mostrándose Barth más izquierdista y más extremista que Lenin, pues exigía no solamente el rechazo de toda metafísica del Estado, sino también que la institución del Estado se sustituyera inmediata y completamente por la revolución marxista, que en esta época se desarrollaba en Rusia. Según Barth, el Estado es esencialmente malo y no se puede esperar que “desaparezca” (5), sino que es menester destruirlo (6). Barth ataca también el concepto leninista

(3) Sobre la conferencia en Zimmerwald, véase William Korey, *La conferencia de Zimmerwald*, en la revista LE CONTRAT SOCIAL, vol. X, número 1.

(4) El original del ensayo de Lenin, *El Estado y la Revolución*, fue escrito en los meses de agosto y septiembre de 1917, como lo dice el mismo Lenin en las «palabras finales a la primera edición», fechadas el 30 de noviembre de 1917, es decir, que Lenin lo escribió un mes antes de la revolución bolchevique de octubre.

(5) Aquí Barth se manifiesta profundamente marxista, pues la «doctrina sobre el Estado opresor» es una de las partes más esenciales y más características del marxismo de Marx (hay que insistir en esta expresión: el «marxismo de Marx», pues existen los otros «marxismos», que el mismo Marx rechaza: «*Quant à moi, je ne suis pas marxiste*», escribe a su yerno).

(6) En este punto Barth se aleja de la posición de Marx, pues Marx

de la "dictadura del proletariado" (que se sirve de la institución del Estado para llevar a cabo la revolución marxista mundial, es decir, el *Weltöctober*), llegando a un leninismo más radical y más extremista que el de Lenin, hasta caer en el anarquismo. Para Barth el Estado es la "violencia institucionalizada". Es muy elocuente al respecto el texto de Barth citado por Casalis: "Nosotros combatimos el Estado de una manera radical y fundamental. El Estado actual no puede ser mejorado. La violencia de la injusticia desde arriba debería ser reemplazada por la violencia de la irrupción de la justicia desde abajo. El Estado concreto, es decir, el de la sociedad burguesa, el que generalmente se llama el Estado justo, es la quintaesencia del mal; en vano se espera su desaparición, es menester destruirlo, pues el Estado es una organización sistemática del uso de la violencia por una clase contra otra, por una parte de la población contra la otra" (7).

La polémica de Barth con Lenin es muy seria y, al mismo tiempo, muy ingenua. Es seria, pues Barth, siendo un fiel discípulo de Marx, quiere que la revolución llevada a cabo en Rusia por los marxistas-leninistas sea una realización de la doctrina de Marx, es decir, que tenga el papel histórico de la liberación del proletariado de la opresión y explotación por la burguesía, y que el proletariado, liberándose a sí mismo, libere al mismo tiempo a toda la humanidad, construyendo una sociedad sin clases, es decir, sin opresores ni oprimidos, tal como lo plantea Marx en su *Manifiesto comunista* (1848), y tal como lo interpreta Engels (8).

sostenía que el Estado desaparecería por sí solo, a medida que la sociedad —debido al proceso sociológico de la transformación efectuada por la revolución— de socialista pase a ser comunista, es decir, sin clases. Pero se acerca a la posición de Lenin, cuando éste, en polémica con Kautzky, cita extractos de cartas de Marx a Kugelmann, donde Marx insiste sobre la necesidad de «romper la máquina burocrático-militar» (la carta es de 12 de abril de 1871). Lenin insiste: «... es evidente que la liberación de la clase oprimida es imposible, no sólo sin una revolución violenta, sino también sin la destrucción del aparato del Poder estatal» (*El Estado y la Revolución*, Ed. Moscú, 1946, pág. 13).

(7) Georges Casalis, *Théologie et socialisme: l'exemple de Karl Barth*, en la revista ETUDES THEOLOGIQUES ET RELIGIEUSES, núm. 2, 1974, págs. 162, 163.

(8) Federico Engels, en su comentario al *Manifiesto comunista*, del que

Pero esta polémica es también muy ingenua, pues Barth no se da cuenta que para Lenin el marxismo es, ante todo, una doctrina para la propaganda, para conquistar el apoyo de las masas, y no un programa real. Barth, como la gran mayoría de los ingenuos revolucionarios idealistas, no entiende el cinismo de Lenin, para el cual la doctrina marxista y especialmente la teoría marxista sobre la revolución, es un medio o un método para conquistar el poder y para

era coautor, escribe lo siguiente: «La idea fundamental de que está penetrado todo el *Manifiesto*; a saber: que la producción económica y la estructura social, que de ella se deriva necesariamente en cada época histórica, constituyen la base sobre la cual descansa la historia política e intelectual de esa época; que, por tanto, toda la historia de la sociedad (desde la disolución del régimen primitivo de propiedad comunal de la tierra) ha sido una historia de lucha de clases, de lucha entre clases explotadoras y explotadas, dominantes y dominadas, en las diferentes fases del desarrollo social; y que ahora esta lucha ha llegado a una fase en que la clase explotada y oprimida (el proletariado) no puede ya emanciparse de la clase que la explota y la oprime (la burguesía), sin emancipar, al mismo tiempo y para siempre, a la sociedad entera de la explotación, la opresión y la lucha de clases—, esta idea fundamental pertenece única y exclusivamente a Marx» (Prefacio a la edición alemana de 1883). Esta es una de las muchísimas manifestaciones del mesianismo de Marx. Aquí Marx aplica al proletariado la idea mesiánica talmúdica (y no la bíblica). Para los lectores no acostumbrados a estas terminologías conviene recordar que el mesianismo bíblico, es decir, tal como aparece a lo largo de la Biblia, ve al Salvador de mundo, al Redentor de la humanidad en la persona individual del Mesías = Cristo (el Ungido), mientras que el mesianismo talmúdico, es decir, del Talmud, lo ve personificado en el mismo pueblo judío, quien por sus sufrimientos (antisemitismo), siendo perseguido por otros pueblos, está redimiendo a la humanidad. Es este concepto mesiánico, desfigurado por la doctrina rabínica, el que Marx aplica al proletariado: una clase social que, por sus sufrimientos (siendo explotada y oprimida por la burguesía), está redimiendo a la humanidad. Esta «redención» consiste —según el citado texto de Engels— en el hecho de que el proletariado, liberándose por la revolución marxista, libera también, al mismo tiempo, a la clase burguesa (pues ésta deja de ser opresora y explotadora) y construye una sociedad ideal, sin clases. No hay que olvidar que Marx era judío, educado en una familia con tradiciones rabínicas, y que el mesianismo judío le fue muy familiar. Sobre la otra manera de enfocar el problema del mesianismo judío, véase: Gershome G. Scholem, *Le messianisme Juif*, Collmann-Lévy, París, 1974, págs. 504.

mantenerse en el poder conquistado. Si Lenin y su grupo de los "revolucionarios profesionales" hacen la revolución, la hacen para que ellos y exclusivamente ellos, lleguen al poder y disfruten del poder y no el "proletariado", en cuyo nombre hacen la revolución. Ellos desprecian al proletariado, y se sirven de él cínicamente. La tragedia de Barth consiste en esta equivocación. Barth es un idealista; él ama sinceramente al proletariado y cree ingenuamente que la revolución marxista puede cambiar el mundo, transformando la sociedad y "haciendo justicia" al proletariado, mientras que Lenin desprecia esta posición barthiana y la clasifica abiertamente como la "enfermedad infantil del radicalismo izquierdista". Barth no se ha dado cuenta nunca del cinismo de Lenin y de los bolcheviques; ni de que su profundo y sincero idealismo era cínicamente explotado por los leninistas. Cegado por su idealismo, no fue capaz Barth de percatarse de que el leninismo es, en realidad, un gansterismo político: una doctrina y un método para conquistar el poder por la revolución violenta, y para mantenerse en él por la dictadura y el terror.

Por esta razón, Barth tampoco se dio cuenta del verdadero y real sentido de la doctrina marxista-leninista sobre la "dictadura del proletariado". Sobre este tema, Barth entró en estériles polémicas con Lenin, pues no entendía que Lenin trataba solamente de lanzar un slogan, que le permitiese ocultar su verdadera intención, a saber: la de implantar su propia dictadura, sirviéndose del proletariado. Barth, siendo idealista, no entendía que nadie pudiera explotar al proletariado con tanto cinismo como quienes utilizan su nombre como bandera.

Barth confundía su propio concepto idealizado de la revolución con la real y existente revolución marxista en marcha. Eso explica su entusiasmo por la revolución bolchevique, inhumana, cruel, anti-social y antiobrera. Barth tenía fe en que esta revolución iba a forjar un "hombre nuevo" y una sociedad nueva. Hay que tener presente que cuando Barth habla del "hombre nuevo" lo entiende en el sentido bíblico. Difícil sería encontrar una más dolorosa equivocación: el bolchevique como un bíblico "hombre nuevo". Pero Marquardt insiste que precisamente con ocasión de esta revolución leninista nace lo que podría llamarse la eclesiología de Barth, es decir, su concepto

de lo que debería ser la comunidad cristiana del futuro. Barth quiere verla como una comunidad que supere el leninismo (8 bis).

Barth, penetrado por el concepto marxista del Estado —como una institución que tiene que desaparecer, a medida que se realiza la revolución marxista—, fácilmente llega a confundir y hasta a identificar la futura sociedad socialista con la comunidad escatológica cristiana, e incluso parece creer sinceramente que la revolución marxista va a llevar a la sociedad hasta la realización del Reino de Dios, predicado por Cristo. Su desconocimiento de la realidad en que vive es algo verdaderamente asombroso. Uno se pregunta: ¿cómo un hombre culto como Barth podía desconocer por completo la desastrosa situación del hombre, ante todo del obrero, del proletario, en la sociedad bolchevique en Rusia? ¿Cómo podía él hacerse ciego y sordo, al no ver y no oír nada de los sesenta y seis millones de víctimas de la revolución marxista en Rusia (9), y de la vida inhumana en los campos de concentración y de trabajo forzado del nuevo imperio soviético? El mismo Barth, que era tan sensible al dolor del hombre pisoteado en la Alemania hitleriana, siguió durante toda su vida (muere en el año 1968), idealizando la suerte del hombre en el infierno soviético.

Es incomprensible que Barth, que ya en los primeros años de su trabajo pastoral mostró no solamente una especial sensibilidad por la suerte del proletariado de su parroquia, sino que también fue un predicador directamente vinculado con la realidad de cada día —pues subía al púlpito con la Biblia en una mano y con el diario en la otra— no viera la desdicha, la miseria y el dolor de este mismo proletario en la Rusia soviética. Si se atreve, a veces, a criticar la situación del hombre en la Rusia soviética, echa sobre Stalin toda la culpa del mal que constata; pues, para Barth, en sí misma la revolución marxista era algo sagrado, intocable, por encima de toda crítica.

Cuando se leen sus trabajos de exégesis, tan ingenuos y tan completamente desvinculados de la realidad, uno se da cuenta hasta qué punto Barth era un hombre alienado por el marxismo. Veamos un

(8 bis) Casalis, o. c., pág. 163.

(9) Solzenitzyn, *El archipiélago de Gulag*.

ejemplo concreto, a saber: su bien conocida exégesis de la carta del apóstol San Pablo a los Romanos, capítulo VIII, versículos 19-25. El texto de la carta es el siguiente: "Porque la creación, en adelante, espera, aguarda con ansiedad la revelación de los hijos de Dios. La creación, en efecto, no por propia voluntad, sino a causa del que la sometió, queda sometida a frustración, pero con una esperanza: que esta creación misma se verá liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Pues lo sabemos bien: la creación entera, hasta ahora, está toda ella gimiendo y sufriendo dolores de parto. Y no es esto sólo, sino que también nosotros mismos, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos igualmente en nuestro propio interior, aguardando con ansiedad una adopción filial de la redención de nuestro cuerpo. Pues con esa esperanza fuimos salvados. Ahora bien, una esperanza cuyo objeto se ve, no es esperanza. Porque ¿quién espera lo que está viéndose? Pero si estamos esperando lo que no vemos, con constancia y con ansia lo aguardamos" (10).

Pues bien, Barth no ve en este texto ni al hombre (como un ser humano, el individuo), ni a la sociedad (como un ser colectivo, la humanidad entera), ni a la creación entera, sino exclusivamente al ... proletariado. Para Barth el mensaje apocalíptico-escatológico se concreta en la situación del proletariado, y toda su exégesis bíblica de este texto se reduce a la profundización y a la ampliación de la bien conocida teoría mesiánica de Marx-Engels (11). Pero si a Marx y a Engels se les puede perdonar que no se dieran cuenta —en el año 1847/48, al escribir el *Manifiesto comunista*— de que el fenómeno social del proletariado es un fenómeno pasajero, contingente, del momento (a pesar que este "momento" duró, en algunos países, hasta cien años, pues ¿qué son los cien años en comparación con los miles y tal vez millones de años de la historia de la humanidad y más todavía en comparación con la eternidad?) y lo tomaron como un fenómeno de una duración relativamente larga y por esta razón construyeron su teoría mesiánica (el proletariado = mesías, redentor de

(10) *Nuevo Testamento*, Ed. Herder, Barcelona, 1968, pág. 198.

(11) Véase la nota 8.

la humanidad), no se puede perdonar este error a Barth. En vida de Barth el fenómeno del proletariado —como una clase social deshechada, sin ninguna propiedad fuera de sus hijos, que vive en completa miseria (12)—, había desaparecido por completo en muchos países. Entonces, ¿cómo se pueden aplicar las palabras de San Pablo —que se refieren a algo permanente, durable, constante, y, ante todo, a algo presente y vigente al final del mundo, puesto que tiene un claro carácter apocalíptico-escatológico—, a un fenómeno social que por su naturaleza es contingente y pasajero? La única explicación plausible parece ser la alienación marxista sufrida por Barth. Barth, más todavía que su maestro Marx, vivía en un mundo de fantasía, de imaginación, llena de imágenes del pasado. Barth soñaba en un futuro ideal, en el que el proletariado iba a tener el papel principal, mientras que en la realidad social en la que vivía este proletariado ya desaparecía. Mientras tanto, otro fenómeno social, el Estado, que Barth quería ver desaparecer, se afirmaba, especialmente en el país donde la revolución marxista se hallaba en marcha —según Barth y su maestro Marx— deberían crearse las condiciones sociales indispensables para su desaparición.

Barth usa muy a menudo el lema: “un verdadero cristiano tiene que ser (*muss*) socialista y un verdadero socialista debería ser (*sollte*) cristiano”. Pero hay que recordar que para Barth “socialista” y “marxista” es lo mismo, de manera que cuando Barth pretende identificar los cristianos con los socialistas, en realidad quiere identificar el cristianismo con el marxismo.

Pero donde más se nota el elemento marxista en el pensamiento de Barth, es decir, su alienación marxista, es en su concepto de Dios.

Barth vincula todas sus reflexiones sobre el concepto de Dios con la revolución marxista en marcha, es decir, que sus conceptos no son ontológicos, transcendentales, sino históricos, sociológicos, incluso socio-económico, es decir, *materialistas*. Para Barth, el concepto de Dios está en relación con el mundo “nuevo” que va a reemplazar

(12) Sobre el fenómeno «proletariado» véase: Romuel Zaniewski, *L'origine du prolétariat romain et contemporain, Faits et Théories*, Louvain, 1957, página 398.

a la "sociedad burguesa" (12 bis). Aquí, en el pensamiento de Barth, de nuevo se nota el papel alienante del marxismo, pues Barth, alienado por la dialéctica marxista, es incapaz de pensar fuera de las categorías marxistas, las cuales, para Barth, expresan la realidad histórica. Así, otra vez, Barth reduce a lo histórico y contingente las realidades transcendentales y ahistóricas. Hay que ser materialista para construir un concepto de Dios con las categorías tan contingentes y pasajeras como son la "sociedad burguesa" y la "sociedad proletaria".

Barth, para poder construir su concepto de Dios, parte de la crítica de la sociedad burguesa, es decir, que lo que es, por definición, transcendental (Dios), pretende encerrarlo en lo que es, por definición, contingente (la sociedad burguesa). Es difícil encontrar una posición más groseramente materialista. Para Barth, Dios es *Ganz-Andere*, pero no en el sentido ontológico y transcendental, sino solamente en relación con la futura sociedad ideal socialista, la que va a reemplazar a la sociedad burguesa.

Barth —como lo hará cincuenta años más tarde Cardonnel— identifica a Dios con la revolución marxista, o más bien con el contenido de esta revolución, pues, para Barth, Dios es el elemento explosivo de la revolución, es la fuerza, la dinámica destructora de la revolución marxista, es decir, que es lo que normalmente cada cristiano, no alienado por el marxismo, llama el satanismo. Lógicamente, según nuestro pensar católico tradicional, Barth llega a identificar a Dios con la rebelión (como también lo hace actualmente Cardonnel, con la diferencia de que Cardonnel, en este caso, se refiere a Cristo). Pero hay que tener presente que para Barth —que piensa con las categorías marxistas, es decir, materialistas— tanto Dios como Satanás tienen sentido materialista, y que Barth, a pesar de ser marxista, o tal vez por su marxismo, es anarquista. Es, tal vez, su anarquismo el que lo lleva a confundir a Dios con la rebelión, pues Barth, como muchos anarquistas, no es capaz de concebir la libertad humana coexistente con la autoridad.

Dios, siendo según Barth *Ganz-Andere* (completamente distinto), no se identifica con ningún fenómeno social, ni siquiera con el de

(12 bis) Casalis, o. c., págs. 169, 170, 171.

la revolución, pero es el contenido de la revolución, su fuerza explosiva y por consiguiente liberadora. Esta fuerza otorga a la vida humana el sentido y la dignidad.

Toda esta "teología" de Barth es completamente incomprensible para los que no piensan con las categorías del marxismo. Pero para pensar correctamente con las categorías marxistas hay que colocarse en el plano de la filosofía hegeliana y kantiana y, ante todo, olvidarse (si se la conoce) de pensar con las categorías de la filosofía cristiana, especialmente del tomismo. Para las personas no acostumbradas a pensar con las categorías de las filosofías kantiana y hegeliana, las reflexiones de Barth no solamente son incomprensibles, sino contradictorias, paradójicas y hasta absurdas.

Casi todas las elucubraciones seudoteológicas de los "teólogos" marxistas de hoy día tienen sus raíces en esta "teología" marxista de Barth. Alex Morelli, Gustavo Gutiérrez, Hugo Assmann, Pablo Richard, Diego Irarrazaval, Ronaldo Muñoz, Héctor Borrat, Paul Blanchard, J. Cardonnel, Giulio Girardi —para mencionar algunos de los autores más subversivos— que exaltan la revolución marxista, que identifican el "Reino de Dios" predicado por Cristo con la futura sociedad ideal marxista socialista-comunista, que justifican la lucha de clases, que ven en el compromiso del cristiano con la revolución marxista la realización del amor cristiano, etc., etc., sacan sus ideas y argumentos principalmente de los escritos de Barth.

Hay que suponer que la nefasta influencia de Barth sobre los seudoteólogos de hoy día será todavía mayor cuando se traduzcan sus escritos, pues hasta ahora (1974) se ha traducido muy poco del alemán a otros idiomas, y todavía no existe una edición completa de sus escritos en alemán.

Muchos católicos se han dejado engañar por algunos trozos de los escritos de Barth, especialmente por sus trabajos de exégesis, pues suponen de buena fe que Barth usa los términos y conceptos como "Dios", "Cristo", "redención", "transcendental", etc., en el sentido tradicional, es decir, cómo los usan la filosofía y la teología católicas (13). Pero hay que tener presente que todos estos términos, en

(13) Como por ejemplo Jacques Bur, en su libro *Sens Chrétien de l'histoire*, París, 1973, págs. 72-74.

la "teología" marxista de Barth, tienen sentido completamente distinto, y tienen sus raíces, no solamente en el pensamiento marxista, es decir, ateo y materialista, sino incluso en la filosofía hegeliana y kantiana, es decir, en la filosofía de la praxis, de la acción y no en la filosofía del ser como lo es la filosofía tradicional cristiana y su principal exposición dada por el tomismo (14).

Eso explica el hecho de que quienes hoy día se esfuerzan por introducir el pensamiento de Barth en la teología católica —para, con su ayuda, acelerar y facilitar la invasión de la Iglesia por el marxismo (15)—, combaten el tomismo con tanto fanatismo, pues éste es inconciliable con aquél.

Se puede suponer que, en el futuro inmediato, los estrategias de la lucha marxista contra la Iglesia van a usar, dentro de poco, las obras de Barth de manera parecida a como en las décadas pasadas utilizaron los escritos de Maritain, Mounier y Teilhard de Chardin. Ahora, en nombre del "ecumenismo", ya se empieza a lanzar a Barth y su "teología marxista" (16).

(14) Véase Miguel Poradowski, *¿Por qué el marxismo combate al tomismo?*, Ed. Speiro, Madrid, 1974.

(15) Véase Miguel Poradowski, *El marxismo invade la Iglesia*, Ed. Universitarias, Universidad Católica de Valparaíso, Chile, 1974.

(16) Hasta ahora (1974) solamente se han publicado una parte de los escritos de Barth. Parece que únicamente Friedrich-Wilhelm Marquardt tenía la posibilidad de estudiar la totalidad de manuscritos de Barth; por esta razón, hasta que no aparezca una edición completa de los escritos del fundador de la así llamada «teología dialéctica» (que, a nuestro juicio, debería llamarse «teología marxista») hay que recurrir por necesidad a la obra de Marquardt, la cual, muy probablemente, no es completamente objetiva, pues siendo Marquardt marxista tiene la tendencia de presentar a Barth como un ejemplo del pensador protestante marxista. Se ha anunciado la publicación de las obras completas de Barth en francés, en 80 volúmenes, lo que seguramente va a llevar varios años. El presente ensayo está basado principalmente en la obra de Marquardt y en el comentario que hace de ella Georges Casalis (promarxista).